

Sentencia de vida: trabajo y biopoder

 Fermín A. Rodríguez

Ferreya, Gustavo (2015).
El amparo. Buenos Aires: Clubcinco, 320 páginas.

La reedición de *El amparo* brinda la oportunidad de volver a ser lectores originales de Gustavo Ferreyra y experimentar como primera vez el extrañamiento de una escritura tan maniática e inquietante como lo fue en 1994, cuando fue originalmente publicado. Porque libros como *El amparo* no admiten relecturas: se repiten, veinte años más tarde, siempre como primera vez.

Novela de interiores, sin referencias a un espacio histórico preciso, *El amparo* sigue girando alrededor de la pregunta sobre el poder y los fundamentos subjetivos de la autoridad. Adolfo es uno de los veintitantos criados que se desviven por servir a un señor que gobierna, lacónico e impasible, sobre el espacio de una misteriosa mansión donde los sirvientes, parafraseando a Spinoza, luchan diariamente por su esclavitud como si fuera su libertad (Adolfo, se lee en la contratapa, “lleva en su nombre el latido ejemplar del fascismo”). Sin referencias al espacio social, la casa, palacio o mansión es un ámbito biopolítico, donde la religión y la biología —lo que no sufre mutaciones históricas— se conjugan en un nuevo tipo de poder. En efecto, todo en la casa gira en torno al cuidado y el bienestar de un señor cuasi-divino, rodeado siempre de un halo de luz inmaterial, gobernando soberanamente sobre un cuerpo doméstico organizado para satisfacer sus necesidades básicas (alimentación, sueño, higiene, ocio, salud).

Sin familia que lo aloje ni clase ni nación con las que identificarse, el bueno de Adolfo, desde el día en el que, siendo muy joven, se incorporó al servicio doméstico de la casa, quedó encerrado ‘afuera’ --de la historia, de la sociedad, de la ciudadanía, de la ley--, incluido por medio de la exclusión en uno de esos espacios de abandono político localizado y gestionado donde la dominación de lo viviente del hombre --la vida animal en el hombre-- se vuelve el núcleo fundamental de las operaciones del poder. Porque Adolfo no es el trabajador del siglo veinte que intercambia su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Más bien, representa el modelo del sirviente esclavo --o del trabajador precarizado-- que vive confinado con lo mínimo indispensable en el ámbito de la esfera

reproductiva de la vida, conchabado en una casa que lo ampara y le da abrigo según la ruinosa lógica de la inclusión-exclusiva. El terror del esclavo, que prefiere perder su libertad y trabajar para el amo antes que morir, deviene para Adolfo miedo a tener que vivir desempleado, arrojado al estado de excepción de quien se quedó o está a punto de quedarse sin trabajo y de perder, a la intemperie de la casa, “la sensación de seguridad” que le transmitían sus paredes, por las que se cuela todavía los rumores inquietantes de la gubernamentalidad neoliberal.

Mecanismo de disciplinamiento social, el temor al despido y a la expulsión ocupa el centro de esta economía del miedo. Es que más allá de la presencia de un rival, la permanencia de Adolfo en la casa se encuentra por definición amenazada por una producción en serie de miedos que son menos contenidos emocionales subjetivos que fundamento colectivo de una experiencia en la que resuenan, por debajo del nivel de las representaciones, las instituciones del libre mercado proyectándose sobre el mundo político. El miedo se vuelve función constitutiva de un poder se ejerce en la forma de la economía, un poder que diseña medios de inseguridad en torno a cuerpos expuestos a una violencia intangible, abstracta, causada por una actividad económica que no se percibe tan nítidamente como violencia política si novelas como *El amparo* no vinieran en nuestra ayuda.

Diariamente, a la hora del almuerzo y de la cena, Adolfo se doblega alegremente ante el señor, que es como decir “ante la vida”.¹ En efecto, para el almuerzo y la cena, Adolfo se pone de rodillas junto a la cabecera de la mesa con la boca bien abierta, los labios tirantes, la mandíbula tensa, el torso erguido y la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás para recibir los carozos que el señor de la casa, adicto a las aceitunas, deposita distraídamente en ese hueco dispuesto a su lado por un servicio de mesa solemne y severo. Pieza menor de la compleja maquinaria de servicio de la casa, Adolfo

¹ Salvo que se indique lo contrario, todas las citas pertenecen a *El amparo* (Buenos Aires: Clubcinco, 2015).

está a cargo de la poco calificada tarea de la “recepción de carozos”, un arte de la inmovilidad y de la espera que consiste en concentrarse en no cerrar la boca ni mirar directamente el rostro del señor, sintiendo posarse sobre sí, “como una mano invisible que lo agobiase”, la mirada fulminante del maître y la del resto de los camareros que, cree percibir Adolfo por el rabillo del ojo, intercambian alrededor suyo miradas cómplices de reprobación y de sorna.

Porque por debajo de la autoridad cuasi-divina del señor, todo en la casa es intriga palaciega y relación de fuerzas, todo es micropolítica y producción de jerarquías. Hasta en el más insignificante de los intercambios entre los personajes se está jugando para Adolfo un tortuoso y difuso trabajo de producción de poder, disperso y deslocalizado en el medio luminoso de la casa, a la manera de las “diminutísimas partículas” de polvo que se revelaban bajo el rayo de luz que entraba oblicuamente por el tragaluz del estrecho dormitorio con aire de calabozo o de celda monacal al que se retira Adolfo a descansar. En este sentido, Ferreyra parece tomarse muy en serio la palabra ‘microfísica’, porque el poder no tiene forma y hay que llegar hasta las moléculas, como dice Deleuze (El Poder 32), para captarlo y verificar con asombro que, mezclados con las impurezas que se agitan en el aire de la casa, algo tan ínfimo como el polvillo de los juegos de poder “estuviera presente en todos lados y no se viera y que lo respiráramos tan tranquilamente”.

Es que el poder ante el que Adolfo, por afán de sumisión, se doblega, no lo está forzando desde afuera a ponerse de rodillas: agazapado en un pliegue inaccesible de su propia carne, el poder lo sitia desde adentro, respirando pesadamente como un animal herido adentro de la cueva del su pensamiento. Ese exceso de palabras e imágenes en Adolfo que lo deforman y retuercen en su silla a la manera de las figuras de Francis Bacon, recrudece cuando su permanencia en la casa peligra por la llegada de un rival a la medida de sus fantasías de humillación y pequeñez: un enano mofletudo y bonachón, cuya presencia amenazante tiene el poder de empujarlo aún más abajo en esa escala de degradación y envilecimiento sin límites en la que Adolfo se abisma, tomado por el miedo a ser despedido.

Ni la interioridad psicológica ni el encierro físico describen ese plegamiento del afuera en un adentro donde el yo, debilitado y vacilante, en ausencia de un principio de autoridad fuerte que lo interpele como sujeto, se doblega a pesar de todo, satisfecho y obediente, ante “el superior que fuese”. Suerte de patriarcado sin padre, la casa es un mecanismo al que un hombre sin atributos como Adolfo, enfrentado a “la evidencia de un carácter

que le fuera propio”, desea apasionadamente conformarse, siguiendo una inclinación ciega que lo impulsa a obedecer, a ponerse de rodillas por un afán de sumisión que no tiene nada que ver con la subjetivación ideológica. De hecho, el gran problema que abre la novela es el supuesto llamado al comedor que Adolfo desoyó por haberse quedado dormido, su desesperación por no haber respondido a una orden que no está seguro de haber recibido—como si el mecanismo de interpelación que, según Althusser, define la ideología, fallara y, en lugar del efecto ideológico (el tramado de significantes que nos sostienen), lo que queda a plena luz fuese un núcleo insensato de fantasías premonitorias e intensidades preideológicas que se le imponen a Adolfo y lo sitian desde adentro, rodeándolo de imágenes y palabras que en su impersonalidad y extrañeza, cuestionan la oposición interior/exterior del modelo psicológico realista.

En efecto, la actividad mental de Adolfo era continua, febril y del todo insignificante —“un vértigo que le impedía pensar”, un estado de excitación del espíritu hecho de umbrales y gradientes, de ascensos y descensos bruscos por encadenamientos de explicaciones que se suceden y anulan entre sí. De manera desordenada, Adolfo cavilaba a partir de nimiedades que bullían como insectos en su cabeza y que en su imaginación “se hacían enormes y atosigantes” para ir cayendo en el olvido, desalojadas por nuevas preocupaciones igual de imperiosas y triviales.

Con la capacidad de significación enturbiada, el pobre Adolfo soporta en la soledad de su cuarto esas vertiginosas esculturas de palabras que se alzan en su cabeza, hechas de explicaciones que giran enloquecidas contradiciéndose unas a otras. Paralizado en el terreno de lo dudoso, de la indefinición, de la ambivalencia y los cambios de opinión, Adolfo era incapaz ya no de entender el significado de un signo y actuar en consecuencia, sino de decidir si algo como un ruido de pasos, una mirada, el rictus de un labio o una inflexión de la voz eran un signo y querían decir algo más. ¿Qué segundas intenciones se ocultaban, por ejemplo, detrás de las palabras? ¿Habría algo más allá de lo dicho que por falta de imaginación o por desconocer la clave, Adolfo no alcanzaba a descifrar? Perdido en las ramificaciones infinitas del poder, a Adolfo se le iba la vida en la satisfacción excesiva y dolorosa de un deseo que parece alimentarse de esas explicaciones sin pies ni cabeza que le hacían “sentirse extraño, como si su conciencia se hallara ausente”.

En la tibieza de su cuarto monacal, encorvado en una silla, con la cabeza apoyada contra el pecho o hundiéndose entre las manos para descansar los músculos del

cuello, Adolfo cerraba los ojos y, sin pensar en nada en particular, trataba de abandonarse a la simple voluntad “de dejarse estar” –un grado de inmovilidad y de conformismo, de homeostasis, sin deseos ni demandas de ningún tipo, que Adolfo identificaba con su ideal de vida.

¿Debilidad de carácter de un hombre sin atributos, sin esencia, entregado a la “voluntad de no ser” del sirviente zombi, muerto en vida por identificación con los deseos y las necesidades del amo? Así parece, si nos atenemos a ese deseo de sumisión que lo aplasta contra el piso, a la impotencia sin límites que lo rebaja hasta un subsuelo de pasiones tristes. En cualquiera de sus agachadas, cuando el poder de genuflexión lo toma por completo, la humildad que trasunta Adolfo es tan grande y tan intensa que duele físicamente. Sabía que el ser humano descendía del mono y que la posición erecta era una adaptación demasiado reciente como para ser connatural al hombre, enfermo de verticalidad y de lenguaje. Así que, siguiendo esa tendencia atávica que lo inclina hacia abajo, agachaba la cabeza y dejaba que “su pensamiento vagase, internándose por las menudencias que salieran a luz” (48).

¿Pero qué es entonces “ese algo que llevaba tan adentro” y que “le hacía gustar de la vida”, la multiplicidad de pensamientos, dichas, inclinaciones, inquinas que constituían el “nudo principal de su persona” y que Adolfo, como la pequeñez que emanaba de su presencia, “casi podía sentir físicamente”? ¿Qué es esa “profundidad del alma” que desafía la nuda vida, esa intensidad que cuando falta, dejaba a los cuerpos vacíos de sustancia –como en la escena siniestra de los “meros cuerpos deglutidores” del comedor, entregados a la mera mecánica de la masticación, de los cuales “lo humano se había esfumado por completo”?

¿Qué es entonces lo humano? ¿No es la ambivalencia de una pulsión indoblegable, que lo habita y que lo excede, un impulso a repetir “masticado y masticado y masticado”, aunque intragable como los carozos que se acumulan en su boca, que lo ata a la vida y a su temible poder de afirmación incondicionada? ¿No es

la vida con su potencial explosivo implícito, la libido como vida pura no tanto del ser individual como del bios de la especie, trabajando furiosamente por su conservación? En este sentido, cada vez que, en contra punto con la cabeza caída y doblegada, Adolfo hace el gesto de levantar la cabeza, recuerda a uno de esos “falsos débiles” que encuentra en el cine naturalista de Joseph Losey –el director de *El sirviente*–, personajes con los nervios a flor de piel, llenos de dobleces, temblando bajo su propia violencia contenida. En ellos, al igual que en Adolfo, el servilismo alcanza el estado de pulsión –una pulsión, escribe Deleuze, “demasiado grande para la acción” (*La imagen-movimiento* 198), vuelta sobre sí misma, mordiéndose la cola en el vértigo inmóvil de una revisión circular y maniática que excede la conciencia de los personajes y los pone fuera de sí, en el campo de una vida que en su poder de variación se escapa de la forma cuerpo. La maniobra es paradójica, porque el exceso de palabras girando en el vacío hasta desbarrancarse en la nada no remiten a la riqueza de la personalidad ni a una nuda vida objetivable, que se vuelve objeto de control. Lo que insiste en Adolfo, la vida del “animal desconocido, incluso para él” que bulle en su cuerpo, es lo que erige y desmorona sus desequilibradas y verborrágicas construcciones mentales –una lengua pulsional e impropia que no remite a una esencia oculta ni una nuda vida objetivable sobre la que el biopoder hinca sus formas y sentidos. Sin moverse ni cambiar de lugar, cargado de afectos e intensidades presignificantes, Adolfo traza a fuerza de palabras cada vez menos formalizadas una salida hacia arriba, hacia el techo, lejos de la forma laboral del cuerpo doblegado.

Bibliografía

Deleuze, G. (1991). *La imagen movimiento. Estudios sobre cine I*. Trad. Irene Agoff. Barcelona: Paidós.

Deleuze, G. (2014). *El poder. Curso sobre Foucault. Tomo II*. Trad. Pablo Ires y Sebastián Puente. Buenos Aires: Cactus.

Ferreira, G. (2015). *El amparo*. Buenos Aires: Clubcinco.